



OCTAVA CUERDA: EL ROSARIO A LA VIRGEN MARÍA

PASAJE BÍBLICO

Del Evangelio según Juan (2,1-11)

Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer,

¿Qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía». Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo lo que él les diga».

Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, que contenían unos cien litros cada una. Jesús dijo a los sirvientes:

«Llenen de agua estas tinajas». Y las llenaron hasta el borde. «Saquen ahora, agregó Jesús, y lleven al encargado del banquete». Así lo hicieron. El encargado probó el agua cambiada en vino y como ignoraba su origen, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo y les dijo: «Siempre se sirve primero el buen vino y cuando todos han bebido bien, se trae el de inferior calidad. Tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta este momento». Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

El de Caná es un vino nuevo, un vino mejor que los anteriores, es abundante, es fruto de una generosidad impensada e inesperada. La lectura del primer "signo" milagroso narrado por el evangelista Juan desde el punto de vista de la "hora" pascual nos lleva a fijar la mirada en Jesús resucitado: el vino nuevo y mejor es Él, dado después de la desesperación del Calvario. También el milagro en sí (la transformación del agua en vino) es un gesto pascual, habla de la vida nueva que se nos da con el bautismo, de esa transformación que nos hace hijos de Dios.

La presencia materna de María que acompaña la vida de la Iglesia se presenta como la mirada atenta de una madre que "se da cuenta" de que el vino se ha acabado. La Virgen es la que ve, incluso antes de que percibamos el malestar, la ruptura por el pecado o el sufrimiento que encontramos: María intercede incluso antes de que nosotros mismos nos volvamos hacia ella.

Los Grupos de Oración están llamados a una oración de intercesión que se convierte en profecía y anticipa, como María en Caná y en el Cenáculo, las peticiones a su Hijo. Es misión de nuestros Grupos saber leer los signos de los tiempos y de la historia, saber mirar hacia delante e invocar el don del Espíritu, para que el Reino de Dios pueda crecer siempre más y donar en cada tiempo y cada momento el vino nuevo de la presencia de Jesús,

A través de la categoría de la alegría, podemos comprender mejor el papel que jugó la Virgen María en la vida del Padre Pío. El Evangelio la describe como la mujer que se alegra de la visita de Dios, pero también la que -con motivo de las bodas de Caná- hace que el agua se transforme en aquel vino, signo de alegría mesiánica.

ESPIRITUALIDAD

De una carta de Padre Pío al padre Agostino (Ep. I)

Padre queridísimo,

Oh! le joli mois que le mois de mai! C'est le plus beau de l'année. Oh, qué bello es el mes de Mayo, es el más bello del año. Sí, padre mío, este mes ¡qué bien predica la dulzura y la belleza de María! Cuando pienso en los innumerables beneficios que me ha otorgado esta querida mamita, siento vergüenza de mí mismo, y me avergüenza no haber mirado con el suficiente amor el corazón de ella y su mano, que con tanta bondad compartía conmigo; y lo que más me disgusta es haber pagado los cuidados afectuosos de esta nuestra madre, con tantos continuos disgustos.

¡Cuántas veces he confiado a esta madre las penosas ansias de mi corazón agitado! Y ¡cuántas veces me ha consolado! Pero, ¿Cuál fue mi reconocimiento?... En las más grandes aflicciones me parece no haber tenido madre en la tierra, sino haber tenido una muy piadosa en el cielo. Pero cuántas veces mi corazón fue calmado, olvidando casi todo; ¡olvidando casi la deuda de gratitud hacia esta bendita mamita celestial!

El mes de mayo es para mí el mes de las gracias, es este año que espero recibir dos solas. La primera, quisiera que me llevase consigo, o, aun viviendo, que cambie para mí en amarguras todos los consuelos de la tierra, para que no me haga ver más aquellas caras del patíbulo... La otra gracia que deseo es²... vos me entendéis, padre mío.

Esta última gracia no me atrevo a pedírsela, porque se disgustaría y me escondería otra vez su bello rostro, como hizo otras veces.

Pobre Mamita, cuánto me quiere. Lo he constatado nuevamente al despuntar este bello mes. Con cuántos cuidados ella me ha acompañado al altar esta mañana. Me pareció que ella no tenía otro pensamiento que el de llenar mi corazón con su santo afecto.

Un fuego misterioso sentía en el corazón, que no he podido comprender. Sentía la necesidad de aplicarme hielo para extinguir este fuego que me va consumiendo.

Querría tener una voz tan fuerte que fuera oída por todo el mundo para invitar a los pecadores a amar a la Madre. Pero, como no está en mi poder, he rezado y rezaré a mi angelito para que cumpla por mí este deseo.

Tus ojos más brillantes que el sol

En 1911 el Padre Pío estuvo en Venafrò para completar su formación luego de su ordenación sacerdotal. A los pocos días se apoderaron de él unas fiebres muy intensas y el padre Agostino de San Marco in Lamis, que estaba con él, notó un fenómeno particular: después de comulgar en su celda, se quedó solo para dar gracias y entró en éxtasis. Junto con los jóvenes frailes comienza a transcribir las palabras del Padre Pío durante esas visiones. Un día el enfermo se dirige a la Virgen y le dice: «Ah, Mamita hermosa, Mamita querida.... así que tenías unos ojos hermosos!... Jesús tenía razón... sí eres hermosa... si no hubiera fe, los hombres te llamarían diosa... tus ojos son más resplandecientes que el sol... eres hermosa, Mamita, me glorío, te amo» (AGOSTINO DA SAN MARCO IN LAMIS, Diario, p. 43).

El Padre Pío se sitúa en la tradición cristiana que mira a la Virgen María vinculada a todo el misterio de Cristo: es, por tanto, signo del Arca de la Alianza, porque lleva al Señor, participa del misterio de nuestra salvación sufriendo los dolores de una Madre y señalando a Cristo como único salvador del mundo, es iluminada y glorificada, primero entre los creyentes, por el poder de su resurrección. Por esto recibe aquellos títulos que mejor describen la luz de Dios con la que está revestida. A su vez, cuando San Amadeo de Aosta habla de María Reina, subraya su esplendor, belleza, santidad que brotan de las virtudes que el Espíritu Santo derrama en ella.

En el Magníficat la Virgen expresa toda su conciencia de esta misteriosa acción de Dios: «Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque el miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán Feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: ¡su Nombre es santo!» (Lc 1, 46-48).

En el *Magníficat* la primera comunidad cristiana, la que vive con María y -se supone- escucha de sus palabras la historia de la acción maravillosa de Dios, iluminada por el acontecimiento de la resurrección, relee con ella la obra de salvación cumplida desde las primeras páginas del Antiguo Testamento. La llamada a la humildad de su sierva, al poder de Dios que destruye a los soberbios, a que el hambriento queda satisfecho y los ricos se van con las manos vacías, forman parte de ese único himno de exaltación de la acción del Señor que defiende, levanta y enriquece a los que se abren a él de todo corazón.

El Padre Pío, contemplando este misterio, escribe: «Hijas, la abyección en latín se llama humildad, y la humildad, abyección; Por eso cuando la Santísima Virgen dice en el Magníficat: "Porque miró la humildad de su sierva", quiere decir porque miró mi abyección y cobardía. Sin embargo, hay alguna diferencia entre la virtud de la humildad y la abyección; porque la humildad es el reconocimiento de la propia abyección; ahora

bien, el grado sublime de la humildad no es sólo reconocer la propia abyección, sino amarla; esto es a lo que te he exhortado» (*Ep. III*, 556).

Más adelante encontramos en el *Epistolario* una explicación aún más precisa del concepto de abyección y de su importancia para los creyentes: «No os desaniméis ni os asustéis de vuestras miserias y debilidades, porque Dios ha visto en vosotros otras peores, y por su misericordia no os rechazó. Dios no rechaza a los miserables y tampoco te rechazará a ti, al contrario te concederá su gracia, y pondrá el trono de su gloria por encima de tu abyección y cobardía» (*Ep. III*, 987).

El Padre Pío nos invita a contemplar nuestra propia debilidad e incluso la miseria de nuestro pecado, para ver cómo el Señor, en su misericordia, nos visita si le acogemos y pone en nosotros «el trono de su gloria».

La Virgen María nos acompaña en este camino, como dice el Padre Pío al Padre Pellegrino:

«Se alegra cuando logra inclinar la mirada de Dios hacia la miseria de sus hijos».

Reina del santo rosario

El 7 de octubre de cada año, nuestros Grupos viven el día de la Entrega del Rosario. Es el momento en que se comprometen a celebrar cada día su vínculo con la Virgen María, según la enseñanza recibida del Padre Pío, quien siempre tenía un rosario en sus manos, casi como si quisiera dárselo a todos y llamándolo «el arma».

En el origen de esta definición, el Padre Pío contó un sueño, que habría sucedido, según el Padre Tarcisio da Cervinara, el 7 de octubre de 1916, apenas llegó a San Giovanni Rotondo. «Me pareció encontrarme - dice el Padre Pío - en la ventana del coro de la iglesia de San Giovanni Rotondo y en la plaza frente a ella había una gran multitud abarrotada. Después de haber observado toda esa multitud innumerable de personas, asomándome a la ventana del coro, pregunto: "¿Quién eres? ¿Qué deseas?". Y toda esa multitud, a coro, con voz masiva y ensordecedora, grita en voz alta: "¡La muerte del Padre Pío!". ¡Me di cuenta de que todos eran demonios! Ante estas palabras - dice el Padre Pío - entré al coro a orar.

La Virgen viene inmediatamente hacia mí, y con una sentida mirada maternal y con un gesto decidido puso un arma en mis manos diciendo: "¡Con esta arma eres tú quien vencerá!" Lo maniobré desde la ventana del coro y toda esa gente de repente cayó al suelo y quedó atónita.

¡Me desperté! Luego me volví a dormir, - continúa el Padre Pío -, y me encontré en la misma ventana. Nuevamente vi una gran multitud. Sorprendido, y no sin cierta decepción, grité: "¡Ah! ¿No estáis muertos?!" Y de nuevo les pregunté: "¿Quiénes sois?" Ellos responden: "¡Somos cristianos!". A todos les digo con alivio: "¡Ustedes sois hijos y seguidores de Jesús! ¡Entonces venid conmigo! ¡Seguidme y obedecedme! ¡Y nadie os hará daño jamás!". Y añadido: "Apretad siempre el arma de María en vuestra mano, y siempre y en todas partes obtendréis la victoria sobre vuestros enemigos infernales"».

Qué cosa era esta arma siguió siendo un misterio durante algún tiempo, hasta que un día el Padre Pío, después de acostarse, le pidió al esposo de su sobrina, Mario Pennelli: "Toma mi arma" y señaló el bolsillo de su hábito. Mario buscó y encontró un rosario y al dárselo le dijo un poco confundido: «No encuentro nada, sólo está el rosario». Y el Padre Pío: «¿Y esto no es un arma?».

En los últimos años de su vida, desde la galería donde rezaba, miraba a la gente de la iglesia y parecía agitar ese rosario y mostrárselo a sus hijos e hijas espirituales. Una de las frases que más repitió y que algunos creen que es su verdadero testamento espiritual fue precisamente esta: así, antes de morir, encomendó su última voluntad a sus hijos: «Amemos a Nuestra Señora. Hagámosla amar y recemos el santo rosario que ella misma nos enseñó».

El rosario es la «dulce cadena que nos une a Dios», en la oración a la Virgen de Pompeya de Bartolo Longo. Es la octava cuerda, la dulce melodía que nos hace interceder ante el corazón de Dios, a través del corazón de María.

ESA CORONA QUE UNE A DIOS

Fue Giovanni Bardazzi quien planteó la pregunta al Padre Pío. «Muchos dicen que con el Concilio se han abolido ciertas oraciones, entre ellas el rosario, porque hay otras formas de rezar más modernas e incisivas». El Concilio no había abolido nada, por desgracia los abusos en las interpretaciones del Concilio han sido muchos y a menudo se atribuían a los Padres y a sus propias opiniones personales más que a las frases que provenían

realmente de sus decisiones. El Padre Pío, sin embargo, escucha y responde casi conmoviéndose: «Todas las oraciones son buenas y la Santa Misa - que no es solo una oración - es el rito más importante. Cada uno rece como quiera, lo importante es que se rece. Pero debo decir que las gracias que he obtenido de la Virgen con el rosario, no las he obtenido nunca con otras oraciones».

UNA VIDA HECHA ORACIÓN

Como todos los grandes hombres de Dios, el Padre Pío se había convertido él mismo en oración, en su alma y en su cuerpo. Sus jornadas eran un rosario vivido, es decir, una continua meditación y asimilación de los misterios de Cristo en unión espiritual con la Virgen María. Se explica así la singular presencia en él de dones sobrenaturales y de concreción humana y todo tenía su culmen en la celebración de la santa Misa: allí se unía plenamente al Señor muerto y resucitado. De la oración, como de una fuente siempre viva, brotaba la caridad. El amor que llevaba en el corazón y transmitía a los demás estaba lleno de ternura, siempre atento a las situaciones reales de las personas y de las familias. Especialmente hacia los enfermos y los que sufrían, alimentaba la predilección del Corazón de Cristo, y precisamente de esta tomó origen y forma el proyecto de una gran obra dedicada al "alivio del sufrimiento". No se puede entender ni interpretar adecuadamente esta institución si se la separa de su fuente inspiradora, que es la caridad evangélica, animada a su vez por la oración (BENEDICTO XVI, *Homilía durante la visita a San Giovanni Rotondo*, 21 de junio de 2009)

ORACIÓN POR LA CASA ALIVIO DEL SUFRIMIENTO

Oh Dios, santo y glorioso,
lleno de amor para con tus hijos
hasta el punto de donar a tu Hijo
para darnos vida y salvación,
te damos gracias porque el Espíritu Santo,
derramado sobre la Iglesia de Jesús,
sigue animando a tantos hermanos y hermanas que,
siguiendo el ejemplo de Cristo,
ponen su propia existencia al servicio
de los pobres, de los que sufren y de los necesitados.
Por intercesión de Padre Pío,
que llevó en su cuerpo los signos
del amor de Jesús, concede a su Obra,
la Casa Alivio del Sufrimiento,
ser fiel al carisma de su Fundador,
de modo que cada uno pueda llevar
al lecho del enfermo tu amor.
Convierte la Casa Alivio del Sufrimiento
en un templo de vida, guiando los corazones
hacia la fidelidad y la transparencia en sus acciones.
Infunde en los Grupos de Oración
y en los devotos del Padre Pío
sentimientos de reconocimiento y amor
para que sean, aún hoy, el signo
de aquella Providencia que quiso esta Obra
para testimoniar en cada uno una desmesurada confianza
en el Amor y en la Misericordia de Dios.
Amén

CANCIÓN